

PARTE SEGUNDA

LOS PICCOLOMIN

PERSONAS

WALLENSTEIN, duque de Friedland, generalísimo de los ejércitos del Emperador, durante la guerra de los Treinta años.
OCTAVIO PICCOLOMINI, teniente general.
MAXIMILIANO PICCOLOMINI, su hijo, coronel de un regimiento de coraceros.
EL CONDE TERZKY, cuñado de Wallenstein, jefe de varios regimientos.
ILLO, mariscal de campo, confidente de Wallenstein.
ISOLANI, general de los Croatas.
BUTTLER, jefe de un regimiento de dragones.
TIEFENBACH, }
MARADAS, } generales á las órdenes de Wallenstein.
GOETZ, }
COLLALTO, }

NEUMANN, ayudante de Terzky.
QUESTENBERG, consejero de guerra y enviado del Emperador.
BAUTISTA SENI, astrólogo.
LA DUQUESA DE FRIEDLAND, esposa de Wallenstein.
TECLA, princesa de Friedland, su hija.
LA CONDESA TERZKY, hermana de la duquesa.
UN CORNETA.
MAYORDOMO del conde Terzky.
Pajes y criados de Friedland.
Criados y músicos de Terzky.
Generales y coroneles.

La escena en Pilsen (Bohemia).



ACTO I

ESCENA PRIMERA

Una sala gótica en las casas consistoriales de Pilsen, adornada con banderas y arcos militares

ILLO, BUTTLER, ISOLANI

ILLO.

TARDE llegais, pero llegáis al fin, y el largo trecho excusa, conde Isolani, la tardanza.

ISOLANI.—En cambio no venimos con las manos vacías. En Donauwoerth hemos sabido que se dirigían hacia aquí seiscientos carros de provisiones, y mis croatas se han apoderado de ellos; con nosotros los hemos traído.

ILLO.—Á buen punto llegan para nutrir á la muy respetable asamblea.

BUTTLER.—Mucho movimiento hay, según parece.

ISOLANI.—Mucho; hasta las iglesias se hallan atesta-

das de tropas. (*Mirando en torno suyo.*) Veo que estáis muy bien alojados en la casa consistorial. Cuanto á los soldados, se las componen como pueden.

ILLO.—Se han reunido ya los coroneles de treinta regimientos. Aquí hallaréis á Terzky, á Tiefenbach, á Collalto, Gœtz, Maradas, Hinnersam, los Piccolomini, padre é hijo... en suma, volveréis á ver á muchos antiguos amigos. Sólo faltan Gallas y Altringer.

BUTTLER.—No aguardéis á Gallas.

ILLO (*sorprendido*).—¿Cómo?... ¿Sabréis...?

ISOLANI (*interrumpiéndole*).—¿Está aquí Max Piccolomini? Llevadme a él. Le estoy viendo todavía (y hará de eso unos diez años) combatiendo conmigo contra Mansfeld en Dessau. Para acudir en socorro de su padre, arrebatado de la corriente del Elba, tuvo el arrojo de lanzarse á caballo de lo alto del puente. Entonces apenas le apuntaba el bozo, y ahora, según me dicen, le tenemos ya convertido en un héroe completo.

ILLO.—Hoy mismo le veréis. Con la duquesa Friedland y la princesa su hija, á quienes acompaña de Carintia acá, llegará este medio día.

BUTTLER.—¿De modo que el duque llama á su lado á la duquesa y á su hija? Mucha gente reune aquí.

ISOLANI.—Tanto mejor; sólo aguardaba oír hablar de marchas y ataques y me encuentro con que cuida de alegrarnos la vista con gratas imágenes.

ILLO (*que se habrá quedado pensativo, llama aparte á Buttler y le dice:*)—¿Por dónde sabéis que el conde Gallas no vendrá?

BUTTLER (*con intención*).—Porque se empeñó en retenerme consigo.

ILLO (*con calor*).—¡Y habéis resistido con firmeza! (*Estrechándole la mano.*) ¡Bravo, Buttler!

BUTTLER.—Tras las nuevas deudas de gratitud contraídas con el príncipe...

ILLO.—Verdad, general; sea enhorabuena.

ISOLANI.—General del regimiento que os ha cedido el príncipe, ¿verdad?... El mismo en que habéis servido de soldado raso!... Esto servirá de ejemplo y estímulo al cuerpo entero, y demostrará á todos cómo medra el mérito en la milicia.

BUTTLER.—No sé si puedo aceptar vuestras felicitaciones. Falta todavía que el Emperador sancione el nombramiento.

ISOLANI.—¡Toma!... La mano que os ha colocado á tal altura es bastante vigorosa para manteneros en ella á despecho de ministros y emperadores.

ILLO.—¡Si nos anduviéramos con tales escrúpulos!... ¿Qué nos da el Emperador? Cuanto poseemos y esperamos, todo procede del duque.

ISOLANI (*á Illo*).—¿Os he dicho ya, amigo mío, que se encargaba de pagar á mis acreedores?... Se empeña en ser desde hoy mi cajero, y en hacer de mí un hombre ordenado... ¡Y esto por la tercera vez!... Ya podéis figuraros que su magnificencia, propia de un rey, me salva de la ruina y la deshonra.

ILLO.—¡Ah! si pudiese obrar á medida de su gusto, capaz sería de regalar al soldado dominios enteros. Pero en Viena hacen el diablo y medio para irle á la mano, y cortarle las alas... Y sino, atended á lo que está ocurriendo, y las pretensiones con que se nos viene Questenberg.

BUTTLER.—Algo he oído de lo que pretende la corte, pero confío en que el duque no cederá en un ápice.

ILLO.—Ciertamente que no en lo tocante á sus derechos... pero podría dejar el mando.

BUTTLER (*sorprendido*).—¿Sabéis algo de eso?... Me asustáis.

ISOLANI.—Con eso quedábamos arruinados todos.

ILLO.—¡Basta!... Aquí viene nuestro hombre con el general Piccolomini.

BUTTLER (*moviendo la cabeza*).—Me temo que no saldremos de aquí como hemos entrado.

ESCENA II

Dichos.—OCTAVIO PICCOLOMINI, QUESTENBERG

OCTAVIO (*desde el fondo*).—Con que, ¿nuevos huéspedes todavía?... Confesad, amigos, que sólo una guerra tan desastrosa como esta podía reunir en un campamento tantos héroes coronados de gloria!

QUESTENBERG.—No venga al de Friedland quien desee conservar un mal concepto de la guerra. Casi he olvidado yo sus plagas viendo el gran espíritu de orden que reina aquí, gracias al cual subsiste destruyendo el mundo, pero también, por lo visto, realizando grandes empresas.

OCTAVIO.—Os presento á dos valientes que completan dignamente el círculo de nuestros héroes: el conde Isolani y el coronel Buttler. Aquí tenéis el secreto del arte de la guerra (*señalando á Buttler y á Isolani*): la fuerza y la prontitud.

QUESTENBERG (*á Octavio*).—Y entre ambas cualidades, el consejo de la experiencia.

OCTAVIO (*presentando á Questenberg*).—El señor consejero de guerra y gentil-hombre Questenberg, en quien honramos al enviado del Emperador, y al abogado y celoso protector del ejército. (*Todos se callan*)

ILLO (*acercándose á Questenberg*).—No es esta la primera vez, señor ministro, que honráis el campamento con vuestra visita.

QUESTENBERG.—Cierto; otra vez me he encontrado delante de estas banderas.

ILLO.—¿Recordáis dónde? En Znaim, en Moravia fué donde fuisteis enviado por el Emperador para su-

plicar al duque que volviera á tomar el mando del ejército.

QUESTENBERG.—¡Tanto como *suplicar*, mi general!... Que yo sepa, ni mi encargo ni mi celo llegaron á este punto.

ILLO.—Pues para forzarle á ello, si os parece mejor... Bien lo recuerdo. El conde Tilly acababa de ser derrotado á orillas del Lech, con lo que Baviera quedaba abierta al enemigo y franco el paso hasta el mismo corazón de Austria. En esto, vos con Werdenberg acudisteis á nuestro general suplicantes y amenazadores para conjurarle con el disgusto del Emperador, si no se apiadaba de tal desdicha.

ISOLANI (*adelantándose*).—Esta es la verdad, señor ministro; ya se comprende que, dado vuestro actual cometido, no gustéis de acordaros del primero.

QUESTENBERG.—¿Porqué no? No existe contradicción alguna entre uno y otro. Entonces se trataba de arrancar á Bohemia de manos del enemigo; hoy debo libertarla de sus propios amigos y protectores.

ILLO.—¡Magnífica comisión! Después que arrojamos de Bohemia á los sajones, quieren ahora, por gratitud, arrojarnos á nosotros.

QUESTENBERG.—Como no sea que este desdichado país se halle condenado á trocar una calamidad por otra, fuerza es libertarle igualmente de sus amigos y de sus enemigos.

ILLO.—¡Bah!... ¡buena ha sido la cosecha de ogaño!... bien puede pagar el labriego la contribución.

QUESTENBERG.—Cierto, señor mariscal, si habláis de pastos y ganados...

ISOLANI.—La guerra fomenta la guerra. Si el Emperador pierde en ella labradores, en cambio gana soldados.

QUESTENBERG.—Con lo cual el número de vasallos se disminuye á proporción.

ISOLANI.—¡Bah!... al fin y al postre, todos somos vasallos suyos.

QUESTENBERG.—Con la diferencia, señor conde, que los unos hinchén las arcas con su útil faena, y los otros conocen á maravilla el modo de dejarlas vacías... La espada ha empobrecido al Emperador, y sólo el arado puede devolverle la fuerza.

BUTTLER.—No sería tan pobre el Emperador sin las sanguijuelas que le chupan la sangre al país.

ISOLANI.—Fuera de que no es tan grave la situación. (*Se adelanta y señala el traje de Questenberg.*) Por lo visto todavía no se ha acuñado todo el oro.

QUESTENBERG.—Gracias á Dios, alguno ha podido sustraerse á la codicia de los croatas.

ILLO.—¡Pues bien! Paguen la guerra ruinosa que han encendido, los que como Slawata ó Martinitz, se enriquecen con los despojos de los ciudadanos desterrados, prosperan con el general desastre, hacen su agosto en medio del público desorden y con su lujo escarnecen la miseria; paguen ellos y sus iguales ya que el Emperador, con escándalo de Bohemia, los abruma á honores y beneficios.

BUTTLER.—Vayan con esos también los gorriones de las provincias, siempre sentados á la mesa del Emperador, siempre á caza de gangas, mientras por otra parte acortan la ración al soldado y escatiman las cuentas.

ISOLANI.—En mi vida olvidaré lo que me pasó en Viena, cuando fuí por la remonta del regimiento. ¡Qué modo de llevarme y traerme de una habitación á otra, y obligarme á hacer antesala con la chusma lacayuna, como si hubiese ido á mendigar un mendrugo!... Por fin me enviaron un capuchino... Yo creí que iba á confesarme, pero no: era el hombre con quien debía tratar de la compra de los caballos. Volvíme sin haber conseguido nada, cuando en tres días el príncipe me

arregló lo que no pude obtener en todo un mes en Viena.

QUESTENBERG.—En efecto, consta la tal partida en las cuentas, y por cierto que no hemos podido pagarla todavía.

ILLO.—Rudo oficio es la guerra, señor ministro, y no permite andarse con paños calientes. Si había que aguardar á que Viena eligiese entre veinticuatro partidos crueles, el menos grave, nos pasaríamos la vida aguardando. Lo mejor es echar por medio de las dificultades, y caiga el que caiga. En general, los hombres se acomodan más fácilmente á una necesidad penosa que á una elección difícil.

QUESTENBERG.—Cierto; por eso el príncipe nos excusa la elección.

ILLO.—El príncipe mira á sus tropas con paternal solicitud; en cambio, ya sabemos qué afecto le inspiramos al Emperador.

QUESTENBERG.—El Emperador no tiene más que un solo afecto para todos sus vasallos, y no puede sacrificar unas clases á otras.

ISOLANI.—Por eso nos arroja á las fieras del desierto; para conservar mejor sus queridas ovejas.

QUESTENBERG (*con ironía*).—Me permito observar al señor conde, que la comparación es suya y no mía.

ILLO.—Si fuéramos, sin embargo, lo que la corte supone, sería peligroso darnos la libertad.

QUESTENBERG (*con gravedad*).—No fué dada, fué usurpada. Conviene ponerle freno.

ILLO.—Se hallarán con que el caballo es montaraz.

QUESTENBERG.—Ya le domará mejor jinete.

ILLO.—Sólo se deja montar por quien le ha domesticado.

QUESTENBERG.—Una vez domesticado, obedece á un niño.

ILLO.—Ya sé que han dado con el niño.

QUESTENBERG.—Cuidad de vuestros deberes y no os preocupe el nombre de vuestro jefe.

BUTTLER (*que hasta aquí había permanecido retirado con Piccolomini, aunque siguiendo con visible interés la conversación*).—Señor presidente, el emperador cuenta con un ejército considerable en Alemania; aquí se hallan de guarnición treinta mil hombres; diez y seis mil en Silesia, seis mil en Suabia, doce mil en Baviera en frente de los suecos. Hay además diez regimientos á orillas del Weser, el Rhin y el Mein, sin contar la guarnición de las fortalezas que defienden las fronteras. Ahora bien, todas estas tropas obedecen á los generales de Friedland, y estos generales, señor ministro, proceden todos de la misma escuela, han mamado la misma leche, y tienen un solo corazón. Extranjeros todos en este suelo, carecen de otro hogar, de otra morada que no sea este campamento, y ni se baten por la patria, porque millares de ellos han nacido, como yo, en otro país, ni obran llevados del afecto al Emperador, porque la mitad por lo menos han venido aquí desertando del servicio extranjero, y lo mismo les da batirse por el águila imperial como por el león ó las flores de lis. Un solo hombre, uno solo, los mantiene unidos formando un solo pueblo, con el poderoso lazo del amor y el temor; como recorre el espacio el relampago, así su voz de mando se extiende desde los lejanos puestos que bate la corriente del Belt ó miran los fructíferos valles del Estch, hasta las garitas del palacio del Emperador.

QUESTENBERG.—En suma; ¿qué queréis decir con tal discurso?

BUTTLER.—Quiero decir que el respeto, la afeción, la confianza que nos hacen obedecer á Friedland, no pasaran á voluntad al primer jefe que á la corte de Viena le plazca imponernos. Harto recordamos todavía cómo obtuvo Friedland el mando. ¿Acaso el Empe-

rador puso en sus manos un ejército ya formado? ¿tratábase tan sólo por ventura de nombrar un jefe para las tropas?... No; el ejército no existía siquiera; antes tuvo que crearlo Friedland; lejos de recibirlo del Emperador, él se lo dió. Y no fué el Emperador quien nos dió por general á Wallenstein, sino Wallenstein quien nos dió por soberano al Emperador. Sólo él nos mantiene adictos á sus banderas.

OCTAVIO (*interponiéndose entre ellos*).—Recordad, señor consejero, que os halláis en un campamento y entre soldados, y la osadía y la libertad son su vida. ¿Cómo ser osados en la guerra, si no lo fuesen también en el hablar? Lo uno es consecuencia de lo otro. La audacia de este digno oficial (*señalando á Buttler*), aunque inoportuna en este momento, conservó para el Emperador á Praga, cuando la insubordinación de las tropas no ofrecía otro medio de salvación.

(*Suena á lo lejos una música guerrera*).

ILLO.—Ya estan aquí; la guardia saluda. Esta es la señal de que la princesa ha llegado.

OCTAVIO (*á Questenberg*).—Entonces está también de regreso mi hijo que fué á buscarlas á Carintia y las acompañó hasta aquí.

ISOLANI (*á Illo*).—¿Vamos juntos á saludarlas?

ILLO.—Sí, vamos. Vamos, coronel Buttler. (*Á Octavio*): Recordad que antes de medio día hemos de reunirnos en casa del príncipe con el señor consejero.

ESCENA III

OCTAVIO.—QUESTENBERG

QUESTENBERG (*con sorpresa*).—¿Qué es lo que oigo, general? ¡Cuánta audacia y desenfreno!... Si este es el espíritu dominante en las tropas, ¿dónde vamos á parar?

OCTAVIO.—Es por lo menos el de los tres cuartos del ejército.

QUESTENBERG.—¡Desdichados de nosotros!... ¿Dónde encontrar presto otro para subyugar á éste? El tal Illo... me temo que piensa aún algo peor de lo que manifiesta, y Buttler no puede ocultar tampoco sus aviesas opiniones.

OCTAVIO.—El orgullo ofendido, el carácter quisquilloso son la única causa de eso. Nada, en suma. No desespero todavía de Buttler; conozco la manera de domarlo.

QUESTENBERG (*paseándose inquieto*).—¡Ah! ¡no, no!... Esto está peor, mucho peor, amigo mío, de lo que creíamos en Viena. Desde allí veíamos las cosas con ojos de cortesano, deslumbrados por el resplandor del trono; no habíamos visto aún á este omnipotente general en su propio campamento. Aquí la situación muda de aspecto... Aquí no hay emperador; el único emperador es el príncipe. La excursión que acabamos de hacer da al traste con todas mis esperanzas.

OCTAVIO.—Ahora os convenceréis con vuestros propios ojos de lo arriesgado de la comisión que me encargáis en nombre de la corte, y de cuán espinoso es el papel que represento aquí... La menor sospecha del general me costaría la vida ó la libertad, y apresuraría la ejecución de sus temerarios proyectos.

QUESTENBERG.—¡Ah, qué imprudencia la nuestra! ¡fiar la espada á ese audaz! ¡deponer en sus manos semejante poder! La tentación era demasiado fuerte para ese corazón pervertido; hasta para el hombre virtuoso fuera peligrosa. Os digo que se negará á obedecer al Emperador; puede hacerlo, y lo hará. Su impune arrogancia mostrará á la vergüenza nuestra impotencia.

OCTAVIO.—¿Pensáis que sin motivo trae aquí á su esposa y á su hija, en el preciso momento en que nos

disponemos á la guerra?... Así sustrae al Emperador las últimas prendas de su fidelidad, lo cual nos anuncia la proximidad del cataclismo.

QUESTENBERG.—¡Desdichados de nosotros!... ¡Qué amenazadora tormenta nos amaga y nos rodea de todos lados! ¡El enemigo en la frontera, ya dueño del Danubio, y siempre avanzando!... ¡en el interior del país el villano en armas y las campanas á vuelo tocando á rebato! ¡todas las clases rebeladas!... ¡y el ejército, el ejército del cual esperábamos el socorro, pervertido, intratable, olvidado de toda disciplina, separándose del Estado y de su Emperador, conducido, extraviado por un hombre extraviado también!... el ejército, ¡espantoso y ciego instrumento en manos del hombre más audaz que existe!

OCTAVIO.—No desesperemos tan pronto, amigo mío. Siempre fué más osada la lengua que la acción. Tal habrá que en su ceguera parece dispuesto á la mayor extremidad, y temblaría de oír nombrar su crimen en alta voz... Por lo demás, no estamos tampoco indefensos. Como sabéis, el conde Altringer y Gallas mantienen disciplinado su pequeño ejército, que se aumenta diariamente. Wallenstein no puede sorprendernos; vive rodeado de mis espías: tengo noticias de sus menores pasos, á veces de su propia boca.

QUESTENBERG.—Es inconcebible que no advierta cuán cerca tiene á su enemigo.

OCTAVIO.—No creáis, sin embargo, que gane su favor con mentidos artificios ó engañosas complacencias, ni que me mantenga en su confianza á fuerza de hipocresía. Mi prudencia, y mis deberes para con el imperio y el Emperador, me imponen la obligación de ocultarle mis verdaderos pensamientos, mas nunca mentí para engañarle.

QUESTENBERG.—¡Visible favor del cielo!

OCTAVIO.—No sé qué le atrae y le ata fuertemente á

mi hijo y á mi. Toda la vida hemos sido amigos y compañeros de armas; el hábito y la comunidad de peligros nos unieron temprano, mas podría citar el día en que me abrió de golpe su corazón y creció su confianza. Fué la mañana de la batalla de Lutzen. Movido por un funesto sueño salí á buscarle para ofrecerle un caballo, y halléle fuera de las tiendas, dormido debajo de un árbol. Le desperté y le conté lo que sentía en mi interior; entonces miróme largo rato con gran sorpresa, y echándose á mis brazos, se mostró más conmovido de lo que era natural, dado lo insignificante del obsequio. Á partir de aquel día me acosa con su confianza al paso que yo huyo de ella.

QUESTENBERG.—Sin duda compartiréis el secreto con vuestro hijo?

OCTAVIO.—¡ Ah!... eso no.

QUESTENBERG.—¡ Cómo! ¿ No queréis mostrarle en qué malas manos ha caído?

OCTAVIO.— Quiero dejarle entregado á su inocencia. Su carácter confiado es ageno al disimulo... sólo su ignorancia puede conservar libre su ánimo, y mantener al duque en su seguridad.

QUESTENBERG (*inquieto*).— Amigo mío; el coronel Piccolomini me merece la mejor opinión... Pero... si... pensadlo... reflexionadlo...

OCTAVIO.—Debo arriesgarme!... Silencio... Él...

ESCENA IV

Dichos, MAX PICCOLOMINI

MAX.—¡ Ah!... Ahí le tenemos... Padre mío, me alegro de veros. (*Le abraza. Al volverse advierte la presencia de Questenberg y se retira con frialdad.*) Estáis ocupado, por lo visto... No quiero estorbar.

OCTAVIO.—¡ Cómo, Max! Saludad á nuestro huésped... Los antiguos amigos merecen siempre consideración, y el enviado del Emperador gran respeto.

MAX (*con sequedad*).— Bienvenido seáis, señor de Questenberg, si algo bueno os trae al cuartel general.

QUESTENBERG (*cogiéndole la mano*).— No retiréis la mano, conde Piccolomini; no os la doy por mí, ni trato de cumplir con una vana fórmula de cortesía. (*Coge la mano del padre y del hijo.*) Octavio, Max Piccolomini, nombres importantes y de feliz augurio. Mientras esos dos astros bienhechores brillen sobre el ejército, no abandonará al Austria la ventura.

MAX.— Señor ministro, os salís de vuestro papel. Sé que no habéis venido aquí á distribuir elogios sino reproches y censuras... No quiero ningún privilegio sobre los demás.

OCTAVIO (*á Max*).— Viene de la corte, donde no están, á lo que parece, tan satisfechos del duque como aquí.

MAX.—¿ Qué pueden reprocharle de nuevo? ¿ Que resuelva por sí mismo lo que sólo él comprende? Pues tiene razón para obrar así, y fuerza es que persista. No ha nacido él para plegarse dócilmente á la ajena voluntad; esto sería contrario á su naturaleza. No puede. Dotado de un alma de soberano, ocupa el lugar de un soberano, y no es poca suerte para nosotros que sea así. Puesto que son pocos los que saben gobernarse y usar sabiamente de su inteligencia, gran dicha es para todos nosotros, repito, haber dado con un hombre capaz de ser la piedra angular, el apoyo de muchos miles y como sólida columna á la cual se atan los demás con gusto y confianza. Este es Wallenstein. Si otro existe que parezca mejor á la corte, el ejército sólo quiere á él.

QUESTENBERG.—¡ El ejército!... Éste sí.

MAX.—Da gusto verle despertar, animar, fortificar cuanto se halla en torno suyo, y cómo á su influjo se manifiesta toda fuerza y se revela toda cualidad. ¡Cómo sabe sacar á luz las facultades particulares y las aumenta todavía! Deja que cada cual luzca por lo que vale, cuida tan sólo de que todos ocupen su verdadero lugar, y así se apropia y se sirve de las cualidades de todos.

QUESTENBERG.—¿Quién le niega el arte de conocer á los hombres y servirse de ellos? Pero engreído con su poder, se olvida de que también él es súbdito y parece creer que sólo á la naturaleza debe el alto puesto que ocupa.

MAX.—¿Y acaso no es así? Sólo á la naturaleza debe toda su fuerza, y con ella el poder de extenderla y conquistar con su talento soberano su soberana jerarquía.

QUESTENBERG.—Con que todo lo que valemos todavía, todo lo que somos, lo debemos á su generosidad?

MAX.—El hombre extraordinario requiere una confianza extraordinaria. Dadle espacio en que moverse... ya fijará él mismo sus límites.

QUESTENBERG.—Pruebas tenemos de ello.

MAX.—En efecto; cuánto es profundo os espanta. Sólo os place lo superficial y llano.

OCTAVIO (á *Questenberg*).—Excusadle, amigo mío; de otro modo no vais á entenderos nunca con él.

MAX.—En cuanto surge algún conflicto invocáis el auxilio de su genio, para temblar luego de espanto apenas aparece. ¡Como si todo lo extraordinario y sublime debiese llevar el mismo camino que lo vulgar! En la guerra las circunstancias suelen ser apremiantes, y hay que ver las cosas con los propios ojos y mandar en persona. El general necesita poseer grandes cualidades; dejadle vivir, pues, en su gran esfera. Su propio oráculo, la palabra viva de la presente rea-

lidad, deben ser sus consejeros, y no la letra muerta de rancios papeles y polvorientas ordenanzas.

OCTAVIO.—Permítenos á los viejos, hijo mío, que no menospreciemos por severas las antiguas ordenanzas, que tienen el dón inestimable de poner freno á la impetuosa voluntad. Sí; la arbitrariedad fué siempre temible, hijo mío, mientras el camino del orden conduce siempre á término feliz, á través de sus vueltas y revueltas. En línea recta parte el rayo ó la bala del cañón que lleva el exterminio consigo; pero la senda donde el hombre encuentra la ventura, sigue el curso de los ríos, rodea los valles, serpentea á lo largo de los campos y viñedos, y, respetando los sagrados linderos de la propiedad ajena, llega al término propuesto, más tarde sí, pero con paso más seguro.

QUESTENBERG.—¡Ah! escuchad á vuestro padre, que es un héroe, y un hombre al propio tiempo.

OCTAVIO.—Tú, hijo mío, hablas como un hijo del campamento, que, educado en quince años de guerra, no ha conocido los beneficios de la paz. Hay algo mejor que la guerra, hijo mío; ella misma no es más que un medio para alcanzar mejores bienes. Los portentosos y rápidos actos de la fuerza, las sorprendentes maravillas de un instante no engendran la dicha real, tranquila, duradera. Alza el soldado, de prisa y con excepcional actividad, sus ciudades de tela; ya reina en torno suyo la animación y la vida; ábrese el mercado; ríos y caminos vacían en ellos sus mercancías y animalos el comercio. Pero, á lo mejor, pliéganse de pronto las tiendas, y la horda se va. El campo que holló con planta brutal queda asolado y mudo como un cementerio, y perdida la cosecha.

MAX.—¡Oh! ¡padre mío!... Firme la paz el Emperador, y he de trocar con júbilo los ensangrentados laureles por la primera violeta que nazca á perfumar la tierra rejuvenecida.

OCTAVIO.—¿Qué te pasa? ¿Por qué te conmueves tan profundamente de golpe?

MAX.—¡Que no conozco la paz!... ¡Ah sí, padre míol... vengo de verla. Mis piés me condujeron donde la guerra no ha penetrado todavía. ¡Ah, padre míol! La vida tiene encantos que yo ignoraba. Como piratas de salvajes costumbres, errantes por un mar desierto sobre las sombrías tablas de despedazado navío, sólo vimos hasta ahora las escarpadas playas de esta vida tan hermosa, y las sombrías ensenadas donde atracamos miserables y perseguidos... No, los tesoros que oculta la tierra en sus valles misteriosos no parecieron jamás á nuestra mirada en nuestras tormentosas navegaciones...

OCTAVIO (*con atención creciente*).—¿Y esto es lo que te ha enseñado este viaje?

MAX.—Fue la primera distracción de mi vida... ¿Cuál será el fin y la recompensa de la penosa tarea que consume mis años juveniles y deja mi corazón vacío é inquieto, sin adornar ni pulir mi inteligencia? Porque en el confuso tumulto de un campamento, entre el relinchar de los caballos y el estruendo de la trompetería, en la monótona regularidad del mando y del servicio, nada existe que pueda satisfacer un corazón sediento de goces. El alma no entra para nada en tan áridas ocupaciones. Otra ventura, otras alegrías hay en el mundo.

OCTAVIO.—Mucho has aprendido, hijo mío, en tu último viaje.

MAX.—¡Qué feliz, qué hermoso el día en que el soldado vuelve á la vida, á la humanidad, y con banderas desplegadas al són de una marcha de júbilo, torna el ejército á su patria, cantando himnos á la paz! Ciñen los yelmos verdes ramos, último hurto hecho á los campos; se abren por sí mismas las puertas de las ciudades, sin necesidad de derribarlas á cañonazos;

los muros se coronan de gente victoreando; las campanas á vuelo, festejan el fin de los sangrientos combates; la multitud, alegre, feliz, se derrama fuera de la ciudad y retarda el paso del ejército con sus muestras de entusiasmo y de cariño... El anciano, gozoso de alcanzar semejante espectáculo, estrecha la mano de su hijo que entra de nuevo en el doméstico hogar.



Como extranjero vuelve á sus dominios por tanto tiempo abandonados; el tierno arbolillo que doblaba con la mano, le cubre ahora con su ramaje; la niña, que dejó en brazos de la nodriza, acude á saludarle ruborosa... ¡Ah! ¡Feliz aquel para quien se abren sus brazos con ternura!

QUESTENBERG (*conmovido*).—¡Lástima grande que estéis hablando de tiempos tan lejanos, harto lejanos, por desgracia, y no de lo que ocurre y ocurrirá mañana!

MAX (*volviéndose á él con viveza*).—¿Y quién tiene la culpa de ello sino vosotros, los funcionarios de Viena? Lo confieso con franqueza, Questenberg; en cuanto os he visto aquí, he sentido singular disgusto... Vosotros sois los que oponéis obstáculos á la paz; sí, vosotros. Quien tiene que imponerla es el soldado. Amargáis la

vida al príncipe, creáis dificultades á sus proyectos, le calumniáis, y todo ¿por qué? Porque prefiere el bien-estar de Europa entera á unas cuantas fanegas más ó menos para el Austria. Le miráis como á un rebelde, y Dios sabe lo que meditáis contra él, porque trata con miramientos á los sajones é intenta ganarse la confianza del enemigo. Y no obstante, éste es el único medio de conseguir la paz, porque si la guerra se prosigue sin tregua ¿cómo vamos á obtenerla? Ah, no, no... Tanto como amor por él, siento por vosotros odio, y antes que verle caído, juro verter por él la última gota de mi sangre. (Se va.)

ESCENA V

QUESTENBERG, OCTAVIO

QUESTENBERG.—¡ Ah! ¡ qué desdicha tan grande! ¿ A este punto han llegado las cosas? (*Impaciente y con viveza.*) ¿ Y le dejaremos en su error? ¿ y no le llamaremos al instante para quitarle la venda de los ojos?

OCTAVIO (*como saliendo de su ensimismamiento*).—Lo que ha hecho ha sido abrir los míos... veo más de lo que quisiera.

QUESTENBERG.—¿ Qué pasa?

OCTAVIO.—¡ Maldito viaje!

QUESTENBERG.—¡ Cómo!... ¿ Pues qué?

OCTAVIO.—Venid... Fuerza es que le siga y me entere por mis propios ojos... Venid. (*Intenta llevárselo.*)

QUESTENBERG.—Pero... ¿ a dónde vamos?

OCTAVIO.—A verla á ella.

QUESTENBERG.—A...

OCTAVIO (*rectificando*).—Digo... á ver al duque... Vamos... Todo lo temo... Veo en qué redes ha caído... No es el mismo de cuando se fué.

QUESTENBERG.—Explicadme tan sólo...

OCTAVIO.—Debí preverlo; debí impedir este viaje. ¿ Por qué callar con él? Teníais razón; era cosa de advertirle. Ahora es tarde ya.

QUESTENBERG.—¡ Cómo, tarde!... Observad que me estáis hablando por enigmas.

OCTAVIO (*más tranquilo*).—Vamos á ver al duque; es la hora fijada para la entrevista; vamos... ¡ Maldito viaje!
(*Se lo lleva; cae el telón.*)

